

DOMINGO XXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Ezequiel 33, 7-9): *Te he puesto de centinela.*

Salmo (94, 1-2.6-7.8-9): *«Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor»*

2ª lectura (Romanos 13, 8-10): *Amarás a tu prójimo como a ti mismo.*

Evangelio (Mateo 18, 15-20): *Donde dos o más están reunidos en mi nombre.*

Nos hemos acostumbrado a ignorar al prójimo y a pensar que nada tiene que ver con nosotros. Incluso hay ocasiones en las que lo tratamos como a un competidor o un rival. Sin embargo, Jesús, en el Evangelio, nos llama a implicarnos con toda persona, especialmente con quienes forman parte de la comunidad cristiana, y no solo en asuntos materiales o ante situaciones de necesidad básica, sino en todas las situaciones de su vida, naturalmente, respetando siempre su libertad. Jesucristo nos pide que no pasemos de largo ante el hermano y que curemos sus heridas. En ocasiones las heridas son fruto del pecado, de una decepción, o de una decisión errónea, otras son fruto del azar... en cualquier caso, son heridas que piden nuestro compromiso y atención.

Al profeta Ezequiel, el Señor le dice que debe comunicar al pueblo la Palabra que escucha. No pone en cuestión la conducta del pueblo, sino la conducta del profeta. A pesar de que, no era Ezequiel el que tenía la conducta errada, sino otras personas de la casa de Israel. Pero si el profeta se daba cuenta de eso, el Señor le pedía que se hiciera corresponsable con Él, a fin de amonestarles y ayudarles a corregir su mal camino.

Corregir a los demás es una tarea bastante ingrata. Si esto fuera mera información, un cierto dato anecdótico, para nosotros las cosas seguirían en calma. Pero el asunto se nos complica porque cada uno de nosotros, los cristianos, hemos sido ungidos desde nuestro bautismo para ser, junto con Jesucristo, sacerdotes, profetas... ¡Sí!, profetas. Hemos sido ungidos con el crisma bautismal, y la mayoría, además, hemos sido confirmados en nuestra vocación filial con el don del Espíritu. Sin duda alguna, conocemos la Palabra de Dios, al menos lo suficiente como para sentirnos implicados por ella y animados a tratar de comunicarla a los demás.

Nuestra presencia en la liturgia dominical, la participación del Pan único y partido, debe desembocar en la misión de salir a compartir la riqueza de los dones que Dios nos ha regalado con sus sacramentos. Instruidos, pues, por su Palabra, tenemos el doble reto de ir ajustando nuestra vida a ella y de ir comunicándola en donde sea preciso. Es claro que quien va por mal camino tiene su responsabilidad personal. Pero el cristiano que sabe que alguien va por un camino equivocado y no hace nada por ayudarlo a corregirse se hace cómplice de esa mala conducta. Si esa persona no hace caso de nuestra advertencia, es su responsabilidad. Pero si nosotros preferimos no decir ni hacer nada, entonces también es responsabilidad nuestra.

Dios no nos llamó a ser jueces de los demás, sino agentes de su misericordia y de su perdón. Nos ha puesto como “centinelas” y eso implica que debemos tener el valor de hablar con el que yerra, buscando siempre su conversión, su salud y su vida. Si procedes así, le dice a Ezequiel, *«habrás salvado tu vida»*. Jesús, en el evangelio va más lejos. No es solo cuestión de salvar tu vida, sino de salvar la vida del otro, la del que se ha equivocado: *«Habrás salvado a tu hermano»*. Humanamente siempre será más fácil ignorar los errores del otro si no nos afecta demasiado. Pero así no le ayudaremos a salvar su vida. Será más fácil criticarlo, será posible denigrarlo ante los demás, será más cómo despreciarlo y alejarnos de él, pero de ese modo no salvaremos su vida. Y quien sabe si, actuando así, no estaremos levantando obstáculos para que Dios salve la nuestra.

Todo lo que hacemos tiene su eco en el corazón del mismo Dios. “Atar y desatar” no se queda en una acción puntual, sino que repercute “en el cielo”, junto a Dios. Cada uno de los miembros de la comunidad cristiana estamos llamados a vivir en el amor y a ejercerlo con el hermano. El otro no puede quedar desatendido u olvidado sea cual sea su situación. Son muchos los que, por diversos motivos, viven ajenos a la comunidad cristiana y a la fe. Algunos estuvieron y, hoy, por distintos motivos, no lo están. Otros no han conocido a Jesús o no han participado nunca de la comunidad cristiana. También hay quienes, aun participando y asistiendo a la Iglesia, viven un cristianismo ritual, anclado en el cumplimiento y en los formalismos. También son hermanos nuestros. ¿Qué podemos hacer por ellos? ¿Cómo invitarlos a renovar la fe? ¿Cómo lanzar una propuesta que los ayude a encontrar su sitio? Queremos curar heridas y abrir las puertas de la comunidad cristiana para que todos sientan que tienen un sitio junto al Señor.

El Señor nos invita a actuar en su nombre y a tomar conciencia de que somos parte del misterio de amor de Dios sobre nuestro mundo y sobre cada persona. Él cuenta con nosotros y nos encomienda su misión. Actuamos en su nombre y tenemos la certeza de su presencia en la comunidad cristiana..., incluso en la más pequeña comunidad cristiana, Él está allí, en un grupo de dos o tres, de veinte o treinta... de cientos. Y por supuesto, la oración por nuestros hermanos y por el prójimo... nos lo dice el mismo Jesús: *«Si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, se lo dará mi Padre del cielo»*.